

biéndola seguido por sesenta y quatro millas, descubre una entrada honda, y ancha un quarto de milla. Emboca por ella, y se encuentra junto á un gran puerto en un archipiélago de innumerables isletas poco distantes entre sí, separadas por canales muy profundos y de buen fondo, sumamente altas y sin peñas, vestidas de yerba verde, y variedad de árboles frondosos. Igualmente amena y vária se le presentó la tierra de Cuba, así en valles como en montes: la atmosfera por toda parte clara y despejada. Embelesado con tan hermosas vistas se entretuvo cinco dias en este mar de Nuestra-señora, que tal nombre le dió, discurriendo en las barcas por entre las islas y la costa. Halláronse ostiones que parecian madres de perlas, sintióse fuerte olor de almizcle, se vió almá-ciga é infinito lináloe, multitud de palmas altísimas y de varias especies, nogales grandes, y otras mil plantas desconocidas. Ya se contaba con drogas y especias orientales, y con la comodidad del puerto, que se llamó del Príncipe, para establecer una famosa grangería. Los marineros tomaron entre muchos peces uno parecido al puerco, y era todo una concha durísima, ni tenia cosa blanda sino es la cola y los ojos. Aves se vieron infinitas: de animales solamente se hicieron notables uno á manera de tejon, y

ciertos ratones grandes como los de la India, muy buenos de comer. En algunas islas habia señales de ranchos y heredades labradas, gente muy rara.

20 Puesta una cruz de dos grandes maderos á la boca del puerto del Príncipe en un sitio elevado, partió el armada en 19 de Noviembre. La oposicion y variedad de los vientos obligó á dejar la via de la costa, y hacerse al mar navegando á nornordeste. Corridas veinte y cinco leguas convino detenerse bordeando hasta el 21, casi á igual distancia del mar de Nuestra-señora y de la isla Isabela, y al fin volver las proas ácia el puerto del Príncipe. No llegó á tomarse por la inopinada separacion de la Pinta. Su capitan Martin Alonso Pinzón llevaba algunos naturales de S. Salvador, y otros seis de trece que entre hombres, mugeres y niños se cogieron en el puerto de Mares; de los quales adquirió nuevas informaciones sobre la situacion y grandezas de Babeque y Bohio: estimulado de su altivez, confiado en su pericia náutica y en el buen andar de la caravela, guió adelante con intento de hacer por sí este rico descubrimiento. Desapareció en la noche del 22, despreciando las continuas señales que se le hacian para reducirle á conserva. Colón con viento poco favorable, y una nao pesada y tarda, ni podia seguir, ni queria dejar



sin mas examen una tierra tan halagüeña á su imaginacion. Arriba sobre sus costas, no lejos del mar de Nuestra-señora, á un puerto formado por la boca de un rio el mas caudaloso que se habia descubierto, donde juzgó podrian cómodamente estar gran número de naves sin anclas ni amarras, seguras de todos vientos. Dióle nombre de santa Catarina por haberle tomado en su víspera. Las riberas del rio parecian florestas: las sierras eran altísimas, pero todas verdes y vestidas de árboles como pinos de maravillosa grandeza: los ayres suaves y templados. Se encontraron piedras con manchas al parecer de oro y otros metales. Siguiendo adelante lo largo de la costa para el sueste, se vieron continuadas cordilleras de montes altísimos, hermosos como los de antes: el terreno de las playas ameno y deleytable, bañado de frecuentes rios y arroyos. El dia 27 vista una poblacion grande, se enviaron algunos pocos españoles á tomar lengua. Preséntase en las orillas del mar multitud de gente desnuda, dando grandes voces y amenazando con sus dardos: mas al acercarse las barcas, huyen azorados; y viendo en tierra solos tres hombres vestidos, desampan todos sus habitaciones.

21 A media legua de distancia se halló un puerto singular, mejor sin comparacion que los anteriores; y

en su comarca, al pie de sierras muy elevadas, una vega la mas hermosa del mundo. Detúvose Colón allí quatro ó cinco dias como encantado en un paraíso de delicias. Habia un rio principal, y copia de arroyos de agua dulce y cristalina; sus riberas de increíble amenidad, las arboledas grandes y graciosísimas, descollando entre ellas infinidad de palmas y cedros. De estos se fabricaban canoas de extraordinaria magnitud: algunas se hallaron hechas con mayor primor, conservadas y defendidas de las injurias del tiempo en cobertizos de ramaje como atarazanas; una en particular del largo de noventa y cinco palmos, capaz de ciento y cincuenta hombres. Serian sin duda de algunos principales del país, que estaba bien cultivado y lleno de caserías, ya dispersas, ya unidas en poblaciones. Parte de ellas reconoció nuestra gente desiertas de sus habitantes, huidos de miedo al parecer. Por intervencion de uno de los naturales tomado de antemano se pudo asegurar á los de un pueblo vecino al puerto. Andaban todos desnudos, pintados de colorado, con manojos de dardos ó azagayas, que eran varas con puntas duras, ó cañas con un palillo tostado y agudo al cabo; algunos con penachos y plumas en la cabeza. A esto se reducian sus galas y sus armas. Las quales



y quanto tenían daban por cuentas de vidrio, casca-  
beles, sortijas de laton, ó un bocado de bizcocho,  
recibiendo como don inestimable qualquiera cosilla de  
los españoles. Creíanlos, como los lucayos, descen-  
didos del cielo, mayormente al verse regalados de  
ellos y tratados con amor y benignidad: tratamiento  
prescrito por estrechas órdenes del general. Vióse una  
casa mayor que las demas, con ciertas divisiones de  
particular artificio, colgados del techo caracoles y  
otras varias cosas. La sospecha, si seria adoratorio,  
se desvaneció por las respuestas de los naturales, y  
su facilidad en descolgar y ofrecer á Colón lo que  
mejor le parecia. Del mismo modo, escribia este,  
dieran el oro y qualesquiera preciosidades si las tu-  
vieran. Y aunque nada encontró digno de estimacion  
para Europa, todavia pensaba si lo habria en pue-  
blos interiores. Confirmó su pensamiento el hallazgo  
de un pan de cera, cuyo uso juzgó propio de nacio-  
nes industriosas: mas andando el tiempo, con los des-  
cubrimientos del continente se entendió que la cera,  
desconocida de los isleños, debió de venir á Cuba por  
casualidad de la próxima península de Yucatán.

22 Caían nuestros argonautas en errores á cada  
paso, porque sin saber donde estaban, sin entender á  
los naturales, hacian discursos sobre noticias vagas é

inciertas. Por las que prometian tierras felices ácia el  
oriente, aumentadas con nuevos indicios, salieron de  
aquel puerto, que llamaron Santo, luego que favore-  
ció el viento para seguir el rumbo de la costa al  
essueste. No bien habian navegado un dia, se halló  
un rio caudaloso, ancho en la boca cien pasos, con  
ocho brazas de fondo, y buena entrada. Parece ser  
el puerto de Baracoa. Otro dia se avistó por el este  
un cabo, pasado el qual la costa volvía al sur y  
corríase luego por el sudueste. Era el cabo de May-  
cí, extremidad oriental de la isla. Habiéndolo adver-  
tido Colón, creyó, conforme á sus preocupaciones,  
terminar allí el continente del Asia continuado desde  
la costa de Portugal, última de la Europa; y así de-  
nominó aquel supuesto término ALPHA ET OMEGA,  
esto es, principio y fin, para significar el parage don-  
de empezaba el continente yendo por la via de oeste,  
ó donde finalizaba por el opuesto rumbo. Aunque en  
este punto fueron varios sus pareceres. A la vuelta  
del viage opinaba que Cuba era una isla mayor que  
Inglaterra y Escocia juntas, como que su costa sep-  
tentrional se extendía por linea recta de poniente á  
levante sobre doscientas leguas, de las quales él ha-  
bia corrido poco menos de la mitad, dejando por re-  
conocer dos provincias, cada una de cincuenta á se-



senta leguas en longitud. Esto dijo saber por relacion de los isleños que traía consigo, prácticos en aquel archipiélago. Donde no sé qué admire mas, ó que de estimas tan falaces resultase una medida tan próxima á lo justo, ó la intrepidez de aquellas gentes que en un tronco recorrian tales distancias; su acierto en calcularlas, la industria y arte con que se explicaban y hacian entender; ó bien el ingenio y diligencia de Colón, que en pocos meses de trato consiguió sacar tanto fruto de tan rudos salvages. Pero sus noticias venian por lo comun mezcladas con absurdos, ó inducian á error por mal entendidas, especialmente en los principios. De ahí la fábula de hombres que nacia con cola en la provincia de Nahán, una de las dos no reconocidas; de ahí tambien la ilusion acerca de la rica Babeque, que nunca ha parecido. Primero la señalaban por el oriente; llegados al fin de Cuba, por el nordeste.

23 Por fortuna mientras Colón pensaba en buscarla, corre algun tanto á oriente; y mirando perplejo á todas partes, ve por el sueste una tierra muy grande, distante del extremo de Cuba obra de diez y seis leguas. Gobierna para ella con tanto mayor anhelo, quanto mas procuraban retraerle de su camino los isleños conducidos en las naves, en particular los

de Cuba, con las voces de Bohio, Bohio: nombre con que muchas veces habian señalado una isla maravillosa y abundante de oro, y ahora lo repetian con iguales exageraciones. Mas pintaban á sus habitantes como monstruos disformes comedores de carne humana. Interpretóse que estos serian hombres de mas valor, ingenio y policia, y tal vez hostilizarían y tomarían por esclavos á los de otras islas, desarmados, tímidos y cobardes. Semejante concepto de las gentes, su riqueza tan ponderada, y la creída situacion sobre las costas orientales de la India, producen la idea de ser esta la opulenta Cipango. En pocas horas llegan las naos á las cercanías del cabo mas próximo á la extremidad de Cuba. Visto en él un puerto, hizo Colón adelantar á Vicente Yañez con la Niña para reconocerlo. Era el 5 de Diciembre por la tarde. Él con su pesada nao esperó á entrar en la siguiente mañana. A quatro leguas de distancia divisó varios cabos y abras en la costa septentrional, extendida sin término visible por el rumbo del este. La tierra, muy elevada sobre la superficie del mar, presentaba entre sierras eminentes, grandes y verdes campiñas, labradas comunmente y llenas de sembrados como los panes en Córdoba por el mes de Mayo. El puerto se estimó mejor que todos los anteriores.



Habia multitud de canoas, algunas como fustas ó barcas de diez y siete bancos: en las playas árboles medianos de innumerables especies, cargados de sus frutos: tierra adentro una hermosa vega, por donde venia á desembocar un rio muy apacible. Todo prometia poblacion numerosa, mas no se halló sino una casa, ni pudo haberse alguno de los habitantes. Por el dia que era fué llamado de S. Nicolas, así el puerto como el cabo que le demora al norte.

24 Tomóse este rumbo dando vuelta al este á vista de la costa, hasta llegar á un puerto situado casi norte sur con la punta occidental de la isleta que por su figura se nombró la Tortuga. Sin duda es el que despues se dijo de Mosquitos. Colón le dió nombre de la Concepcion, habiéndose abrigado allí el 8 de Diciembre por estar el tiempo muy cerrado y amenazar grandes lluvias. Sobrevino el temido temporal, y hubo de detenerse algunos dias. Desde el puerto de S. Nicolas empezó á observar árboles parecidos á encinas, madroños y otros frutales de Europa: vió luego pinos y arrayanes: los sembrados á lo lejos semejaban á trigos y cebadas: oyóse cantar á varias avecillas, singularmente á una tenida por ruiseñor: pescáronse lisas, albures, salmonetes, pámpanos, y otros peces freqüentes en nuestros mares. Las

vistas de la tierra, su grandeza y hermosura, se las figuraba Colón ni mas ni menos que las de España. Por estas conformidades, y por respeto á la nacion cuya era la empresa, apellidó la isla ESPAÑOLA. Sus naturales y vecinos solian darle diferentes nombres, tomados de sus calidades, ó de ciertas provincias: el de Haytí, ó tierra alta, que era el mas comun, por la notable elevacion del terreno: el de Quisqueya, esto es, el todo, por su grande extension: el de Bohio, ó casa, aludiendo quizás á la multitud, capacidad ó artificio de las habitaciones. Aun al presente entre la variedad de viviendas rústicas usuales en aquellas islas se acostumbra llamar bohios á las mejores, que se arman como las barracas en algunas provincias de estos reynos; y bahareques á las chozas dispuestas de varales hincados en el suelo y unidos por arriba en figura cónica ó de pabellon. De las primeras abundaba la Española, las segundas eran ordinarias donde quiera. Y es muy natural que el nombre de estas se oyese á cada paso en las respuestas de los isleños, señalando islas y poblaciones por todos rumbos; como tambien que ese nombre en oídos europeos sonase Babeque, y diese motivo á interpretar una tierra de gran fama y reputacion. Ni paró aquí el discurso. Las voces Carib y Caniba, con que las gentes mansas de lo descu-



bierto llenas de terror y espanto denotaban ciertas islas habitadas de hombres guerreros y crueles, se juzgaron otras tantas apelaciones de la misma region, la qual debia de pertenecer al gran kan, cuyos súbditos poco distantes correrían con navíos este archipiélago. Así continuaba Colón levantando la fábrica de sus ideas. Las que tenía en orden á la bondad de la Española se aumentaron con las noticias de los primeros exploradores. Parecióles un país felicísimo y de increíble fertilidad: el temple como de primavera, los árboles verdes y llenos de fruta, las yerbas floridas y muy altas. Algunas cabañuelas, varios lugares en que se habia encendido fuego, los caminos y las labranzas dieron indicio de bastante gente: mas ninguna se halló hasta el 12 de Diciembre.

25 Este dia, puesta una cruz en lugar vistoso segun costumbre, tres marineros se entraron por el monte, y vieron de improviso una quadrilla de hombres desnudos huyendo presurosamente. Solo pudieron alcanzar á una muger moza bien agestada, que traía una planchita de oro en la nariz. Colón mandó vestirla, dióle cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de laton; y así acariciada y contenta la despachó en compañía de tres isleños y algunos españoles, á fin de atraer al puerto á los vecinos de la poblacion que

ella señalaba la via del sueste. Volvieron los enviados ya muy de noche sin haber cumplido su comision, pretextando lo largo del camino. Por la mañana se mandaron nueve hombres armados con un isleño de S. Salvador; los quales andadas quatro leguas hallaron un pueblo de hasta mil vecinos, situado en un valle espacioso, todo cultivado y fértil en extremo. A su vista huyen todos los habitantes: sígueles el isleño diciendo á voces que no temiesen, que aquellas gentes peregrinas venian del cielo, y lejos de hacer mal á nadie, daban muchas cosas hermosas á quantos se les presentaban. Con esto empiezan á perder el miedo, y poco á poco vienen todos los mas. Sucede al temor la admiracion, la reverencia y el obsequio ácia los españoles, ofreciéndoles cada uno lo que tenía, fruta, raíces, pescados, papagayos. Una tropa de ellos trajo en hombros á la muger que habia estado en las naves, como celebrando su dicha, y dando gracias por las honras que se le habian hecho. Tan contentos estaban con sus divinos huéspedes, que al verles apercebidos para volver al puerto, mostraron sentir mucho su ausencia. Satisfechos tambien los nuestros de la bondad, simplicidad y candor de estas gentes, las pintaron de mejor condicion que las pasadas, de color mas blanco y de mejores semblantes, particular-



mente dos mugeres que pudieran tenerse por españolas. Las campiñas del valle juzgáronlas superiores á las de Córdoba quanto el dia excede en claridad á la noche. Hallaron cantidad de almácigos, lináloe y algodonaes; de oro muy raras muestras.

26 El siguiente dia 14 partió Colón á reconocer la Tortuga, isleta prolongada este oeste como unas cinco leguas, cuyo terreno advirtió ser muy alto pero no montuoso, todo cultivado y poblado. Deseando gobernar á oriente fué forzado de los vientos á volver al puerto. Salió el 15, y por la misma causa hubo de surgir poco adelante en la playa no lejos de un rio, por el qual subió algun tanto con las barcas. Llamóle Guadalquivir porque lo estimó de su tamaño y parecer al pasar por Córdoba. Vió algunas casas, y gente huyendo: tierra adentro se extendia por ambas riberas el valle de la poblacion visitada, tan ameno y agradable que pareció convenirle bien el nombre de Val-paraiso. El 16 dió fondo junto á una poblacion sobre los fines del canal que forma la Tortuga con la Española. Navegando por él con tiempo recio y mucha mar, tomó á bordo un isleño que con su pequeña canoa burlaba la braveza de las olas. Este, preocupado con dádivas y halagos, anunció á los españoles de modo que al instante acu-

diéron los habitantes en mucho número así hombres como mugeres. Comienza el usado trato y las permutaciones, con mayor ventaja de nuestra gente que en lo de antes; porque se halló aquí mas copia de oro, ya en granos, ya labrado en hojas delgadas, y no menos franqueza en desprender estos adornos de orejas y narices, y darlos por qualquier fruslería. En algunos se observó su poco de cautela y arte para sacar partido en los cambios. Tal hubo que dividió una hojuela de oro como la mano en pedazos pequeños, y permutaba cada uno separadamente. Pero los mas ofrecian sin exigir recompensa, igualmente el oro que la calabaza de agua y las comidas. Prendado el general de la generosidad de los unos, y del ingenio de los otros, hacia por contentar á todos, siquiera con algunas cuentecillas de vidrio. Entre la multitud de concurrentes á la playa distinguió al señor del pueblo, mancebo al parecer de veinte y un años, desnudo como los demas, pero muy grave y circunspecto. Regaláronsele algunos diges, que recibió con sumo aprecio de mano del alguacil mayor, ofreciéndole en retorno lo que quisiese de su tierra. Por medio de un isleño intérprete se le hizo entender que los españoles venian del cielo en busca de oro, y deseaban ir al país donde nacia ó abundaba. Él señaló uno á dos